

CARLOS RENÉ CORREA

CARLOS ACUÑA, POETA  
MAULINO

---

EN LA literatura chilena existe un predio simbólico, del que son poseedores poetas, cuentistas y novelistas, que se han inspirado en los motivos auténticos y singulares que les ofrece la típica vida enmarcada por el río Maule y el océano. Constitución, balneario de extraordinarias bellezas naturales, es el centro de la vida de los maulinos. Allí, junto a los remansos del río, se fabrican los faluchos, embarcaciones de roble apellinado, que hijos de la zona tripulan hacia los cuatro vientos.

Poetas y prosistas se disputan la supremacía de ser los intérpretes de su región, de las costumbres de sus hijos, de la bellezas que allí esplenden. Entre los poetas, ciertamente el mayor, es Jorge González Bastías, cuya poesía pura canta al Maule y a los cerros de la cordillera de la costa; hondo y emotivo, González Bastías dejó su canto, su elogio, su canción solitaria, en el rítmico bogar de los *guanayes* y en los caminos más humildes de sus "tierras pobres", que él defendió y bendijo.

Otros dos poetas, ennoblecen la literatura maulina: Armando Ulloa y Eusebio Ibar, fallecidos en plena madurez, sin que su labor lograra superación, bien que su breve obra les asigna un valor muy personal.

Entre los prosistas, Mariano Latorre es el patriarca de la veta literaria maulina y desde sus *Cuentos del Maule* a sus últimas páginas, fue el intérprete veraz, emotivo, directo, de paisajes, hombres y costumbres de la zona. Son numerosos los prosistas que han buscado sus motivos en esa región, aunque no nacidos en ella; entre los hijos de esa tierra, junto a Mariano Latorre, debe señalarse con elogio, también, al novelista y cuentista Leoncio Guerrero, quien en las páginas

de su libro de cuentos *Pichamán*, y en otras obras posteriores, recoge motivos y perfiles de *mauchos* que nutre y recrea con gracia y picardía.



Carlos Acuña Núñez, nacido en Cauquenes en 1886 y fallecido en Santiago el 26 de mayo de 1963, tiene el rango de uno de los más importantes y valiosos escritores maulinos. Acuña fue poeta y prosista; en ambos géneros ubicó su personalidad, insinuada desde esas páginas de la adolescencia que tituló *Floración agreste*, breve libro editado en 1907. Su labor se distribuye en obras de categoría diversa. Formalmente el escritor se perfila en su libro *A flor de tierra*, publicado en 1913 y que incluye poesía y prosa. La obra fue comentada y despertó cierto interés en el ambiente literario de la época. Años más tarde, en 1917, Acuña entregó *Vaso de arcilla*, poemas de acento vernáculo, sencillos.

Nuevamente el silencio, y en tanto el escritor crea y pule los cuentos de *Capachito*, libro aparecido en 1921, al que le siguió otro de idéntica índole, pero más depurado: *Mingaco*, cuentos que vieron la publicidad en 1926.

Después de catorce años de lo que parecía un retiro voluntario de la actividad literaria, Carlos Acuña entrega en 1940 su libro fundamental: *Baladas criollas*, que prologa Mariano Latorre. Al año siguiente edita un nuevo volumen de cuentos que titula simbólicamente *Huellas de un hombre que pasa*. Fue ése su último libro de creación literaria, al que sólo cabe agregar su monografía sobre la historia de la Nueva Bilbao, primitivo nombre del puerto de Constitución.



Carlos Acuña es poeta criollista, que no cae en un lenguaje vulgar; contemplativo e intuitivo a la vez, sintetiza en sus poemas y baladas el encanto de sus tierras maulinas e interpreta lo típico de la región con verdadera gracia. Todo se une en su canto que expresa en clásica forma, pero con nuevo acento y una emoción perdurable. Enamorado de su tierra, le dirá en esta invocación":

*Me anegaré en tu perfume  
con un ansia de llorar,*

*en ti hincaré mis rodillas  
 y mis manos se hincarán  
 por dichoso de mirarte  
 y de volverte a encontrar,  
 por abrazarte de nuevo  
 tierra de mi mocedad...*

En nuestras conversaciones más o menos esporádicas con el poeta, él rememoraba con insistencia y no sin nostalgia sus tierras de Maule. Tenía el legítimo orgullo de ser hijo de esa región y pertenecer a troncos de nobles linajes. Su estampa era recia; estatura fuera de lo común; ademanes de auténtico caballero y una sonrisa que solía iluminar su rostro, como testimonio de la ingénita bondad de su espíritu.

En sus últimos años, que viviera en Llo-Lleo, en procura de clima para su salud, Carlos Acuña escribió poco y permaneció alejado de círculos intelectuales.

En una encuesta literaria de hace muchos años, éstas fueron las palabras de nuestro poeta para definir su vocación y creación literaria: "Dejarse llevar —dijo— por la emoción que me comunica mi amor a la naturaleza y la observación directa de la vida, esto como fondo de creación. En cuanto a la forma, prefiero la sobriedad y la sencillez, a las que no falte cierta elegancia en su misma naturalidad. Dar la emoción con las palabras precisas. Tiendo a sugerir más que a describir. Me repugna el detallismo, la declamación y la afectación. En el género predilecto que cultivo, tengo una gran admiración por Federico Mistral, especialmente en *Mireya*.

Tales deseos fueron cumplidos con rara exactitud por el poeta. La emoción, la claridad de los símbolos, el colorido de las imágenes agrestes, singularizan su poesía. Penetró en lo íntimo de la ruralidad chilena y fue recogiendo cantos sencillos por los caminos de sus cerros; se asomó a la vida de esas gentes tranquilas, que vivían en paz y pobreza, como sus rulos. En su verso se aspira el vago amor sentimental que florece en los idilios montañeses y pueden admirarse las espuelas y los chamantos que simbolizan a nuestros huasos. Todo ello lo captó con maestría Carlos Acuña, preferentemente en sus *Baladas Criollas*, a propósito de las cuales escribió su prologuista y coterráneo Mariano Latorre: "Carlos Acuña es el intérprete más directo del paisaje y de la psicología primaria de los cerros del Maule. No hay la evolución de la ciudad a la tierra nativa. Como en Jorge González Bastías, el campo estaba en él; pero más cerca del paisaje y del hombre maulino. Incluso intervienen en sus poemas diálogos hablados

en dialecto regional. Una hábil fusión de lo objetivo y subjetivo salva a Acuña de caer en lo meramente folklórico.

"Acuña ha realizado un tipo de poema, que él denomina "balada criolla", donde se unen el paisaje, el diálogo y la emoción lírica".

Acaso cabría sintetizar el acertado juicio de Latorre, expresando que el poeta puso alma, fuego creador, en sus baladas y poemas, y que no por ello perdieron su sencillo encanto.

Nos ha llamado la atención un poema que es un retrato del poeta y su terruño, donde la ternura se une a la honda belleza que mana de las palabras. Se titula *Vendimia*. Algunos críticos han creído ver en este poema una continuación de la vena de Carlos Pezoa Véliz, tan definido y auténtico. Dice Carlos Acuña en verso cincelado y puro:

*Florcita que se moría,  
¡cuánto la quería yo!  
En la vendimia olorosa  
juntos íbamos los dos,  
y su mirada era dulce  
como la uva del parrón...*

*Bajo las hojas, sus dedos,  
del racimo en el negror,  
eran tan blancos, tan blancos,  
así como el pan de Dios  
Y si rozaban los míos,  
cómo temblaban, Señor!*

*Mi mano cogió la suya  
y ella quedó sin color,  
sin una gota de sangre,  
de un lienzo con el albor...  
—“¿Me quieres?” Y ella me dijo:  
—“Te quiero”... Y reía el sol.*

*Los sarmientos están secos;  
ni del racimo el negror,  
ni las hojas de la parra  
muestran su fresco verdor;  
los ojitos —granos de uva—  
se secaron de mi amor.*

*Y cuando se reverdezcan,  
y ría otra vez el sol,  
bajo las hojas, ¿qué dedos  
cogerás, vendimiador,  
si hoy vendimia su manita  
en la viña del Señor?*

El snobismo contemporáneo y un afán desmedido de aparecer profundos a fuer de ser oscuros, que atormenta a tantos poetas de hoy, rechaza, ciertamente, esta modalidad de cantar de Carlos Acuña, tan simple, ingenua y humana. Pero he aquí que la gracia de esta *Vendimia* permanece, no disminuye y se asoma a la mejor antología de la poesía nacional. Nuestra poeta fue siempre el artista que caminó solitario por sus senderos casi desconocidos y se fue empapando en la belleza de esos rincones a la vez que en la historia simple de sus habitantes. Y así *Baladas Criollas* brinda un regusto de tierra maulina donde florecen los típicos motivos de un vivir serrano, entre faenas montañosas y marítimas, ennoblecidas por un legítimo acento vernáculo. De nuevo escuchémosle otra de sus baladas más típicas y logradas, la que titula *Balada del Tutuvén*, y que ofrece un acento castizo, bebido en el corazón de su heredad. Escribe:

*Las mozas  
son dos rosas  
y de gracia trigueña.  
Si el caminante pasa,  
con sus labios de brasa  
sueña...*

*Los ojos de carbón  
pican el corazón;  
el cántaro vacila  
sobre la mata negra,  
mientras que las pupilas  
alegra o aniquila,  
como una canción.*

El poeta y crítico Bernardo Cruz, ya fallecido, en el volumen segundo de su obra *Veinte Poetas Chilenos*, consagra a Carlos Acuña un completo ensayo, sin duda el mejor estudio sobre nuestro poeta. El crítico expresa: "Su poética es una prolongación de la tonada, con cascabeleo y trinos y del cuento, con manchas de miedo o de

sangre". Y agrega: "Y cual la tonada, tan libre, espontánea y pictórica, tal sus versos de arcilla, a flor de tierra, cual él mismo tituló dos de sus libros.

"Sus "Baladas" son momentos de belleza, de súbito interrumpidos y, como en los romances, no hace falta su desenlace.

"Afortunado en sus metros, lo es también en su vocabulario; si bien emplea jugosos chilenismos, no llegan éstos a obscurecer el contexto, ni dan en lo pedestre, no corrompen o achabacanan el idioma".

Bernardo Cruz habla del "jugoso chilenismo" que fructifica en la poesía de Acuña. Se trata de un acento criollo que no debilita la calidad estética y literaria de su poesía, la que se mantiene siempre en un nivel de dignidad y logra ofrecer acento personal, plenamente conseguido. El poeta no aspira a lo que él acaso intuía como una gran farsa poética, no; simplemente cantaba a las cosas amadas de su corazón; los paisajes y las gentes de sus tierras maulinas. Para Carlos Acuña no había mayor placer que alejarse por esos caminos que tanto le conocieron y dejar que fluyera su vena de poeta o su imaginación de cuentista y novelista.

Cuidaba el idioma con rigor y dedicación y era gran lector de literatura europea y americana. Recuerdo que tenía admiración por Herman Hesse, cuyas novelas analizaba. En sus últimos años se fue abandonando poco a poco a una soledad, acaso demasiado terca para su espíritu de artista, sensible y puro.

Era generoso y amaba la vida hogareña en la que lucía su señorío sin opulencia y una permanente sonrisa, acaso sin alegría. Era hombre de muy definidos principios políticos y religiosos, al mismo tiempo que profesaba gran respeto por las ideas de sus colegas, no sin que a veces dejara insinuada una interrogación o bien el alarde de una pícara alegría. Fue un enamorado de las cosas del terruño y por ello observó y estudió sus más mínimos detalles: captó coloridos, ambientes y costumbres.

Se señala entre los poemas más personales y definitivos de Carlos Acuña, cantor de costumbres maulinas, el titulado "El Ulpo". Se entrelazan en esos versos los más típicos chilenismos, sin que se pierda por ello el castizo modo de decir de nuestro poeta y haya redundancia de modismos empalagosos. Encierra el poema un regusto de mostos y una marcada armonía de tonada. Dice en su comienzo:

—¿De dónde vienen los guainas  
asina, en tanta calor?  
Si parece que a la tierra  
le saca chispas el sol.

*Tome asiento, patroncita,  
y usté en el piso, patrón:  
el rancho es chico, qué hacele:  
pero grande el corazón.*

Y después la tierna historia de las niñas que buscan flores de la sierra para obsequiar a los guainas. La voz de la madre continúa:

*Corre, mujer... agua fresca...  
no dilates... si es mejor  
del cantarito de greda  
porque le da más frescor.  
La harina es recién hechita  
y el cóvin bien se tostó;  
si, ahora no más, la piedra  
en el chúcun la molió.*

Y el poeta nos entrega, finalmente, su agreste testimonio de ese "ulpo" campesino, al que tanto se parecen sus poemas y baladas:

*—¡Sabroso el ulpo, muy rico,  
me dijeron al adiós;  
que no ha de ser cosa buena,  
si lo comen entre dos  
y en la harinita tostada,  
la miel la puso el amor...!*

El crítico Hernán del Solar dijo con sagacidad y acierto de la poesía de Carlos Acuña: "Los poemas, tejido simple de una historia de amor contrariado, de una pena que se mece como cardo en el viento, son un estímulo para la emoción, que echa a caminar descalza, pura, al encuentro de los que quieren recibirla.

*Baladas Criollas* aprisionan un sentir que, para trasmitirse plenamente, se fuga, escondido, entre humildes palabras".

Carlos Acuña vivió su vida literaria en forma recoleta, rodeado de buenos libros y cultivó la amistad de escasos pero íntegros amigos. En sus últimos años, según me lo dijo, ya nada quería saber de literatura y solamente dialogaba con sus íntimos y leía novelas policiales. En repetidas oportunidades le insistí en que fuera a ver de nuevo sus queridas y añoradas tierras de Constitución, acaso con un íntimo convencimiento de que de ese regreso del poeta nacerían nue-

vos poemas que serían la feliz culminación de un canto serrano, que ya había ganado tan pura resonancia.

Pero el poeta no volvió y sus ojos se cerraron voluntariamente, cierto no sin dolor, a la circunstancia de no regresar a esa "tierra de su mocedad" que él describiera con tanto amor filial. Hoy, como ayer, hay una renovada resonancia en su canto que dice:

*Has venido a mi tierra bravía  
de la niebla, y el viento y el mar;  
y tu ingenua y fragante alegría  
se la supo, a la hostil, conquistar.  
Y ha quedado tu dulce memoria,  
como bello jirón de tu gloria,  
perfumado en el viejo solar.*

Entre las baladas más definitivas que nos dejara Carlos Acuña, figura la que titula *Cantaba el pidén*. En ella tal como en otras igualmente valiosas, un acentuado sentimentalismo amoroso se entremezcla al paisaje, a la voz de los hombres y a esa nostalgia que con tanta prodigalidad suele entregar la vida del campo. El pidén es un extraño pájaro nuestro que habita en rincones húmedos, umbríos y canta como con un zumbido tenue y alargado, al oscurecer. Cuántas veces le escuchamos en nuestra tierra del Rauco. Según unos, el pidén al cantar, llama al Rey, pero otros más democráticos, afirman que es a Villarroel. Sea como fuere, el pidén preside esta hermosa, depurada y fina balada de Carlos Acuña que así se inicia:

*Un ramo de albahacas llevaba a mi niña  
mi encanto, mi bien,  
la tarde caía, balaba el ganado,  
cantaba el pidén.*

*Allá, junto al rancho, la ropa tendida  
cimbraba el cordel  
y los maceteros de su ventanita,  
moviendo sus flores, declanme: ¡Ven!*

La historia de esta balada, como la de muchas otras, es el desamor, la traición y el olvido. El poeta experimenta la angustia y se marcha,

*Porque en la tristeza del atardecer  
todas esas cosas declan: ¡Se fue!*

*Decía la tarde, balaba el ganado,  
cantaba el pidén.*

\*  
\*       \*  
\*

La nota está lograda y dentro de la sencillez del canto, hay un acento, tal como lo deseaba Acuña, de balada criolla, con ranchos, maceteros, huertas y requiebros, elementos de que él se vale para expresar su íntima verdad de poeta.

Casi toda la obra literaria de Acuña Núñez es la expresión viva de sus tierras de Maule y de sus habitantes, con su ambiente típico y costumbres ancestrales. Volvamos a las páginas inolvidables por su estilo y sabor, del autor de *Cuentos del Maule*, Mariano Latorre, quien así evoca y describe esas tierras: "La cordillera costeña no fue, a la llegada de los españoles, el estéril amontonamiento de cerros, cortados por vegas y vallecitos fértiles de hoy.

"Una selva tupida y verdinegra vistió las redondeadas lomas, los puntiagudos cerros y desbordó de follaje en las quebradas.

"Rey de esa selva era el recio roble maulino, a quien el agrio terrón dio casi consistencia de acero.

"No era un brazo, liso y erguido como el de los pellines de la selva austral sino el brazo y la mano de musculosos gajos; y esta conformación dada por la tierra misma, permitió a los calafates de los primeros astilleros, instalados por los Jesuitas en la boca del Maule, labrar las rocas y codastes de los bergantines y goletas que llevaron los productos de la tierra a las costas lejanas del Perú y del Ecuador.

"Y junto al roble valioso, el alto coigüe de copa plateada y los boldos y espinos que, hechos carbón, transportaron las pequeñas carretas serranas a los pueblos nacidos en la costa.

"En esta selva donde el hacha incansable del encomendero derribó los árboles más excelsos, se cuajó el copihue, alma de la selva hecha flor.

"Rojo, como un fragmento de aurora enredado entre la hojarasca. Rosa, como un arrébol que la escarcha hubiera endurecido o de un blancor de luna, ligeramente tocado de oro o de una palidez exangüe, rayada de leves venas violetas.

"Caseríos y aldeas, pueblos y ciudades, toda la vida del Maule, nació de estas lejanas explotaciones coloniales, a las cuales el oro descubierto en quebradas y esteros prestó durante un tiempo un ficticio fulgor legendario y aventurero".

Carlos Acuña vivió intensamente la vida del Maule y el poeta creó su personal manera de cantar y tejió la urdimbre de sus poemas, cuentos y novelas, con una gracia auténticamente criolla. Bien podrían señalarse como una síntesis de la poesía del autor de *Baladas criollas* estos versos que inician su *Romance de ausencia*:

*Sombra fragante de los boldales,  
frutos que es uva de tibia miel;  
silbo armonioso de los zorzales,  
oro fugaz del atardecer;  
rumor de estero que se resbala  
sobre la arena que brilla al sol:  
frescor de puelche, murmullo de ala,  
pidén que trina en el arrébol:  
todo en mi tierra está triste y llora  
la ausencia de su más dulce flor.*

Carlos Acuña se deleitó en el logro de la simplicidad de su poesía, amparada por una música casi perfecta y una forma castiza. Los motivos principales casi siempre son semejantes, si bien el poeta descubre nuevos matices dentro de lo que es esencial. En las antologías figura por lo general, entre otros de sus poemas característicos, el soneto "El Poncho" en el que Acuña logró, a la vez, la definición pictórica y humana de esa prenda típica del huaso chileno. Como en la mayoría de sus versos se entremezcla lo descriptivo al tema amoroso, con cierta ingenuidad y definida nobleza criolla. Dice el poeta:

*Lo tejieron las manos de mi chiquilla,  
la misma que me tiene muerto de amores,  
y, al sol, como una erada llena de flores,  
cuando me lo echo al hombro, su trama brilla.*

*Cuando monto el mulato para la trilla,  
el viento arremolina sus mil colores  
y, amarrado en el brazo, ni los mejores  
me han probado la sangre con la cuchilla.*

*El me sirve de almohada en las noches duras,  
cuando se duerme al raso en la cordillera,  
bajo el toldo sereno de las alturas.*

*Y, cuando así lo pongo, yo me dijera  
que mi poncho, al oído, tenue murmura:  
—Piensa en la dulce niña que me tejiera...*

A menudo la poesía se le torna a Carlos Acuña, una confesión personal, íntima, de suave presencia. La imaginación del poeta no se daba descanso y su pluma castiza iba traduciendo la virtual emoción que la naturaleza le prodigaba. Para muchos la manera de cantar de Acuña suena a extemporánea y le niegan la ubicación que merece en la historia literaria de Chile. Hemos visto, aún más, que ciertos antologistas omiten su nombre, con grave detrimento de la verdad. Esas confesiones del poeta nos deleitan con su gracia castiza y su colorido criollo. Así, por ejemplo, cuando dice en sus poemas "Las mozas del Tutuvén: ellas

*Van a la fuente  
a llenar un botijo  
del agua transparente  
que Dios bendijo...*

Como también en su balada *Nueva Egloga*, en la que Acuña con auténtica pasión de poeta nativo, dice:

*Sentiré sed de lo creado,  
sin desdeñar la humilde hierba,  
ni al grillo —bardo del majuelo—  
ni al frío y lento caracol.  
Me inclinaré a la madre gleba  
y aspiraré al caliente vaho  
que va ascendiendo de la entraña  
donde su polen dejó el sol.*

*Irá mi caña de cicuta  
que, allá en la ardiente siesta criolla,  
un pastorcillo desgredado  
con una brasa la horadó,  
diciendo a todos los humanos  
que el canto no es blando murmullo,  
que es sorbo de este caldo fuerte  
que da la viña del alcor.*

El poeta halla su camino, su canto, su vida, en suma. Ama entrañablemente a su tierra, a sus bosques de robledales, al río y el mar. Canta como uno de esos pastores que van por los lomajes de la cordillera de la costa, solitarios en busca del rebaño de cabras. El verso le nace armonioso y puro, preciso para el logro del poema total que por lo general encierra una historia de amor o una leyenda. Y en esta *Nueva Egloga*, el poeta bucólico continúa su camino y enciende el canto agreste y puro. Se acerca a los más elementales motivos que le brinda su tierra y así salmodia:

*Me habrán de hartar la harina blanca  
de muchos trigos como el oro  
y los rocíos intocados  
sobre las quiebras del terrón;  
beberé el agua cristalina  
que copia el cielo sin un tizne,  
la seda errante de la nube  
y la púrpura del arrébol.*

*Y, en los otoños amarillos,  
cuando marchitos ya los pámpanos  
han olvidado del racimo  
de uvas morenas el negror;  
con la primera flor de Mayo,  
sobre la hoguera que me hospede,  
calentaré mi alma y mis manos  
heladas del mundo y de Dios.*

Bien puede observarse en estos versos, la tendencia del poeta a lo simple. El buscaba siempre aquellos elementos más directos por traducir lo que denominó con tanto acierto y originalidad "balada criolla".

Nuestro poeta alcanzó ciertos tonos emocionales que se tornan perdurables, de la mejor cepa. Así en su *Balada de la tierra* canta:

*Es más dichoso el grillo  
que tu poeta mozo;  
en tus quiebras retoza,  
por ti nació y cantó;  
desnudo lo crearon,  
lo acogerás desnudo:  
nadie un mal pensamiento  
ha puesto entre los dos.*

*Y, cuando ya sus élitros  
en la paz campesina,  
al ocaso violeta  
se mueran de cantar,  
consumirás amante,  
con la primera lluvia  
al humilde trovero  
de la flauta de Pan...*

Acuña tiene mucho de poeta franciscano y sus mejores momentos son esos en que evoca las cosas pequeñas, con apariencia intrascendente. El grillo, la flauta, la uva, los pájaros y las vertientes, abundan en su poesía de trovero que domina la verdad y la gracia de esa poesía hondamente humana y nativa.

Regusto de la mejor poesía popular asoma en los versos de Acuña con la gracia picaresca de lo hispánico. Acuña llegó a escribir letras para tonada, en las que campea su estilo criollo, su artesanía tan lozana, honda y ligera a la vez que nos hace recordar ciertos cantares de Manuel y Antonio Machado.

La tonada primera dice así:

*Potro alazán que en el cuello  
tiene lanzada de moro,  
y, a la rienda es un destello:  
vale lo que pesa en oro...*

*Pide vino en la taberna  
resonando el casco rudo,  
y su pecho es duro escudo  
a la voz que lo gobierna.*

*Acogotado en la vara,  
pone tan firme apostura  
que vende la vida cara  
en la recia topeadura.*

*Y su apostura bravia  
más de una vez llevó al anca  
una dulce sombra blanca  
que robamos y fue mía.*

Aquí muere todo artificio y domina la nota nativa. No abusa de típicas formas de expresión que algunos escritores criollistas usaran de manera exagerada. Nuestro poeta poseía buen gusto para entregarse a tales excesos. Y de ello nace la nota media que nos entrega su poesía que participa, al mismo tiempo, del costumbrismo y de la poesía culta, todo ello en feliz equilibrio.

Quien conoció personalmente al poeta pudo apreciar de cerca la bonhomía del caballero al par que la cultura del escritor y la sensibilidad del poeta que en él había. Su obra es relativamente breve y a veces desaliñada, tal como la vida de los pescadores y campesinos que habitan las viejas costas y montañas de sus tierras maulinas.

Tradujo el alma de sus campos y ha dejado viva una artesanía que brinda tan desnuda belleza, tan hondo sentido de sus motivos maulinos, tales como estas *Lanchas al norte*, que no son otras sino los típicos faluchos que construyen vigorosos artesanos de la región, utilizando el roble apellinado. Así los ve el poeta:

*El casco oscuro y sólido, en el verde del río  
es trazo vigoroso sobre el agua tranquila.  
Una vela morena se enrolla en cruz al mástil;  
tiene sed de los vientos en la alta mar, suspira  
por combarse a la brisa, con las gráciles curvas  
de una muchacha alegre que siente viva el ansia  
del amor ignorado.*

Carlos Acuña vivió amando a su tierra, a pesar de la distancia; cuando hablaba de ella se entristecía y una sonrisa disimulaba su pena de no tenerla más cerca. La vida literaria no le fascinó y se contentó con departir con sus buenos amigos y nutrir su espíritu en los libros que con sabiduría seleccionaba.



Hace algunos días, frente a la barra del Maule, donde el río es mar y el mar es río, evocamos la figura de este poeta. Nos parecía que le veíamos saludándonos desde un falucho que nacía a la vida minera. El río estaba tumultuoso y grisáceo; la soledad era perfecta, salvo la presencia de unas gaviotas y patos que pintaban su vuelo.

Y escuchábamos al poeta que se interrogaba:

*¿Por qué es tan bello este camino  
que va de mi casona al mar?*

Ahora su mar es el de Dios y su casona está desdibujada en la neblina costeña. El oleaje continúa vivo e intermitente; desde la lejanía llegan voces extrañas; en mis oídos el lento hundirse de los remos. Y el poeta Carlos Acuña regresa con señorial prestancia y al saludarlo, entrevemos que es un falucho fantasma cruzando la barra del Maule.